

# La fe y los límites de la locura: Unamuno, *El otro* y la soledad radical del hombre

Alison Sinclair, Clare College, Cambridge

Dos problemas claves en la obra de Unamuno forman un conflicto simbólico a lo largo de su obra, tanto en sus obras de ficción como en su filosofía. Este conflicto, que se puede resumir bajo la fórmula de 'serse o serlo todo', igualmente puede figurarse como un conflicto entre la dificultad de vivir *con* el Otro, y la de vivir *sin* el Otro, en estado de 'soledad radical'. Es aún más complicada la distinción entre el Otro en una relación de dos, y el Otro en una relación de tres. Tomando como base *El otro*, en lo que sigue tendré como punto de enfoque la estrecha relación entre los dos problemas. El Otro que nos obliga a entrar, por fe, en relación con lo que no somos, nos amenaza por su 'otredad', y nos impone una batalla incierta en el campo del lenguaje, que en Unamuno es método de defensa y no de comunicación. Por otra parte, al no entrar en el terreno del lenguaje, nos quedamos en el campo de la locura, que es la situación del individuo en su soledad radical. En las ficciones de Unamuno se ve cómo el individuo se ve sujeto a la necesidad de recurrir a la percepción de un Tercero matizado por el deseo y por las proyecciones, pero imprescindible como testigo de la fe, y protección contra la locura. Al discutir el tema, tendré en cuenta varios modelos teóricos acerca del ser, sobre todo los de Winnicott y, en cierto modo, los de Lacan. Mi comentario se limita a *El otro* (1932), pero se podría aplicar a gran parte de la obra unamuniana, sobre todo *La novela de don Sandalio* (1930) y otras obras tardías.

Notemos al paso que tanto *El otro* como *Don Sandalio* son obras tardías. Aparecen no sólo a larga distancia temporal de las primeras ediciones de la obra de Freud, sino también, por su situación en la cronología del siglo XX, en una época en la que dentro del psicoanálisis se estaba estudiando cada vez más el ser en sus momentos más tempranos; es decir el ser en su estado pre-verbal. Deberíamos fijarnos, sin duda, en los modelos del ser utilizados por el propio Unamuno y sobre todo en la dinámica fundamental que encontramos en su obra: la tensión entre el *serse* y el *serlo todo*. Los polos de esta tensión han sido identificados tanto por Blanco Aguinaga como por Olson como polos que tienen que ver con los conceptos de *lo masculino* y *lo femenino* en Unamuno.<sup>1</sup> Dentro de este esquema, lo masculino sería *serse*, definirse, entrar en el conflicto con el mundo, establecer, si así se puede decir, los límites de la identidad frente a, o dentro de, un mundo que nos atrae hacia un estado de fusión. *Lo femenino*, en cambio, señalaría la fuerza con la que nos sentimos

atraídos hacia la fusión con ese mundo que nos rodea. O, mejor dicho, el estado anhelado no es ni siquiera de fusión, sino un estado de lo que Winnicott llamará *unintegration*, es decir el estado antes de percibirse el ser como ente separado de la madre.<sup>2</sup> Deberíamos notar que no se trata de *unión*, ya que el concepto de *unión* implica el hecho de juntarse dos seres distintos, y el concepto de *serlo todo* niega la existencia separada de los seres.

En otro lugar he comentado las maneras en que se puede utilizar las teorías de Jacques Lacan en relación con *Niebla*.<sup>3</sup> En ese estudio propuse una interpretación de la novela como una tensión entre lo que Lacan llama la pregunta de la histérica, ‘¿Cuál es mi sexo?’, y la pregunta del obsesivo, ‘¿Estoy (o estaré) vivo o muerto?’ Frente a esta tensión se monta en *Niebla* una narrativa histérica de evasión (la narrativa amorosa-sexual en la que Pérez quiere encontrarse un papel, para tener papel/identidad en la vida), narrativa que adopta Pérez (y al nivel del autor, que adopta Unamuno) para no tener que contemplar la amenaza de la muerte. Luego, en el capítulo XXXI de *Niebla*, se entabla el encuentro de Pérez con Unamuno, encuentro con el otro, en el que se descubre que el estar en presencia de un Otro que es de veras otro, es una experiencia totalmente imbuida de terror, que nos revela el Otro que no se puede destruir. Dicha experiencia, según las teorías de Winnicott, es, paradójicamente, confirmación de nuestra separación de ese Otro, y garantía de una identidad limitada, separada, independiente.<sup>4</sup>

El estudio lacaniano de *El otro* que ha propuesto Arturo Fox (y notemos que hasta ahora han sido rarísimos los estudios lacanianos de Unamuno) nos propone una interpretación de la obra de Unamuno basada en la ausencia del padre, lo cual, dentro de la teoría lacaniana, significaría la ausencia del plano simbólico.<sup>5</sup> En esto, estoy de acuerdo. Pero Fox señala a Ernesto, el cuñado del otro, y a Don Juan, el médico, como representantes del plano simbólico, del plano del lenguaje, en el que el ser está obligado a verse limitado por los demás, y en el que ve hasta qué punto su ser ha sido construido por las relaciones que tiene con los demás. Se da, por fin, más importancia a la función de estos dos personajes de lo que – para mí – nos permite el texto; es decir, Fox implica una valorización de lo simbólico que no creo que exista en Unamuno. Por mi parte, diría que *El otro* es más bien un caso de la problematización y no una realización del sistema lacaniano. Dado que entrar en el plano simbólico significa la salida de una relación casi psicótica con la madre, la importancia de este momento es la consecución de la independencia del niño. Para Winnicott, en cambio, la separación entre el niño y la madre es algo que se alcanza ya dentro de una relación de dos. La diferencia, entonces, es que para Lacan, el Otro funciona dentro de una relación de tres, mientras que para Winnicott, la posibilidad de un otro que nos garantiza el propio ser se *puede* conseguir dentro de la relación de tres, aunque no es necesario que sea así. La obra *El otro* nos demuestra la

patología que resulta de una dificultad en esta primera relación, en la cual se lucha por la distinción entre los seres.

*El otro* se abre con un misterio. En un tiempo dado había un par de mellizos, y ahora parece que sólo hay uno, el que se llama no 'El uno', sino 'El otro'. La pregunta radical y central para la gente, para los demás personajes de la obra, no es la típica pregunta de la novela policíaca, '¿Qué es lo que se habrá hecho con el otro (o del otro)?', sino otra pregunta, tanto social como metafísica, '¿Cuál es la identidad del que se ha quedado?'

Pocas veces carecen de significación los nombres que Unamuno pone a sus personajes. Los mellizos de *El otro* se llaman Cosme y Damián. Serán sin duda reflejos de San Cosme y San Damián, mártires que se citan siempre como pareja: Kosmos y Damianos, mellizos de origen árabe, médicos que daban sus cuidados sin pago, y martirizados bajo el emperador Diocleciano en 303 AD. Es una pareja fraternal en la que los dos, aunque inocentes, se ven condenados a muerte. Podrían representar tal vez a Cástor y Pollux, pareja simbólica del dualismo.<sup>6</sup> Pareja que, además, nunca se cita por los nombres separados. Búsqese en cualquier diccionario de santos, y Damián no aparece bajo la 'D', sino bajo 'C', con Cosme. Tampoco dentro de las pinturas tienen una iconografía especial que distinga al uno del otro.<sup>7</sup>

Para muchos críticos, *El otro* no es una obra en la que la cuestión es encontrar los límites de la identidad – es decir, en la que se consideraría a Cosme y Damián como entes distintos – sino una obra en la que se trata de una personalidad que se habrá escindido en dos, un *splitting* de la personalidad, de lo cual resulta la personalidad doble. Pero para mí, interpretar *El otro* como si fuese un caso de personalidad doble, por muy atractivo que sea, omite la cuestión fundamental de la definición del ser en relación con el contorno, y en relación con el Otro. Por consiguiente, hay que tomar en serio el que los protagonistas, uno presente y uno ausente, son mellizos, y preguntarse qué significa tal hecho. Sencillamente que nunca, ni en el útero, ha sido ninguno de ellos *el uno*, o *el único* que al nacer tendrá que definirse en relación con el contorno. En esta situación siempre han tenido que *estar con el otro*, nunca han tenido que *aprender a vivir con el otro*, nunca han tenido la experiencia de *vivir sin el otro*. Y sin embargo los dos, necesariamente, se encuentran en el estado de soledad radical, concepto tan fundamental para Unamuno como para Winnicott, por el hecho de que los demás no son capaces de entender su situación (el ser mellizo). Y mientras que el niño que nace sin mellizo tiene como primera experiencia la relación con la madre, relación que le sirve de intermedio para llegar a conocerse como distinto, tanto del contorno como de otro ser (el ser de la madre), no puede ocurrir del mismo modo para los mellizos. Y para el niño que nace solo, en un momento dado, el llegar a percibir las cosas como algo distinto de sí es aprehensión que le inspira tanto terror como alegría: se reconoce como ser distinto. Pero

para poder hacerlo, tiene que ejercer la fe.<sup>8</sup> Para el que es mellizo, entonces, ¿qué es lo que ocurre?

En el mundo ficticio de *El otro* hay fenómenos en que podemos creer, y fenómenos en que no. El que la gente no fuese capaz de distinguir entre Cosme y Damián es poco probable, pero es una posibilidad que explota Unamuno para hacer una serie de especulaciones fundamentales. Primero veamos uno de los fenómenos más probables. Decía antes que para Winnicott el niño llega a definir el ser con relación a la madre. En *El otro* hay dos madres: el ama y la madre natural. Estas actúan de modo pérfido para que ninguno de los dos mellizos llegue a tener su madre, la relación con la madre que se experimentaría como única, que daría paso a un sentido de una identidad independiente. Así que en esta obra tenemos una primera traición de la madre. (Lo que a la madre le sucede después, no se sabe; la ‘mata’ el autor.) Sólo queda el ama, la cual, como representante por excelencia del plano imaginario de Lacan, no quiere saber nada, no quiere que se distinga nada, no quiere que se recuerde nada. Todo lo quiere envolver, enrollar en un velo, o absorberlo dentro de un pozo en que no existen ni nombres, ni tiempos, ni personas. En el epílogo ofrecerá la explicación última de su actitud: si no sabemos nada, si no distinguimos nada, evitaremos la muerte: ‘El misterio es la fatalidad..., el destino... ¿Para qué aclararlo? ¿Es que si conociéramos nuestro destino, nuestro porvenir, el día seguro de nuestra muerte, podríamos vivir? ¿Puede vivir un emplazado? ¡Cierre los ojos al misterio! La incertidumbre de nuestra hora suprema nos deja vivir, el secreto de nuestro destino, de nuestra personalidad verdadera, nos deja soñar’.<sup>9</sup>

Más tarde, para los mellizos, hay dos fases de ‘amor’. Primero, la imagen de la pareja de mellizos que asedia a Laura. Según Laura, los dos la cortejaron, y ella (gran pecado esto) no supo distinguir entre los dos. No era capaz de fijarse en la individualidad de ambos. Parece que los expuso al olvido por no haber sabido ni querido escoger. Así que Laura niega totalmente la individualidad de ambos, y lo que es más, no quiere hacerse responsable de su decisión, la cual presenta, y siente, como un asesinato del mellizo que no ha sido escogido.

Después tenemos el episodio de Damiana, quien engañó a los mellizos para poder saber cómo era el otro en lo más íntimo, en la vida sexual. Pero aquí hay algo que no se explica. ¿Cómo ha procedido Damiana para hacer esto? Tenemos que dar por supuesto el que conspirase con uno de los dos para engañar al otro, y luego que los dos mellizos se pusieran de acuerdo para engañarla a ella. Aquí hay un deseo de venganza. Tanto Damiana como Laura (como igualmente el ama y la madre) se portan con los mellizos como si se tratara de una sub-specie, como si fuesen meras cosas, y que o bien no iban a ser reconocidos como distintos y especiales por nadie, o como personas a las que les daría igual el que una mujer les ‘probase’, ‘para ver cómo eran’. Este distanciamiento e indiferencia que demuestra Damiana resume toda la indiferencia que a

los mellizos se les otorga, y hace público hasta qué grado el mundo les considera idénticos, y sin identidad. Cosme y Damián se sabrán distintos *desde dentro*, pero esto no importa si el mundo no es capaz de conocerlos, o de *reconocerlos* como distintos. En su impotencia, El Otro le dirá a Damiana que él tampoco distingue entre las mujeres: ‘¡Las dos sois la otra! Y no os distinguís en nada; mujeres las dos al cabo. Todas las mujeres son una’.<sup>10</sup> Este concepto que tiene El Otro de las dos mujeres viene de su ser herido por la indiferencia de ellas. Las denomina por la palabra *furias*. Unamuno, como buen conocedor de la mitología, utiliza el término debidamente, ya que las furias, hijas de la tierra, brotaron de la sangre que se derramó al castrar Cronos a su padre Urano. Por eso suelen aparecer en los momentos en que ocurre un asesinato dentro de la familia.

En *El otro* no importa, claro está, el que haya habido o que no haya habido un asesinato de verdad. Para Cosme y Damián, raramente llamados por su nombre en la obra, el doble asesinato está allí desde el principio, ya que nunca se han hecho independientes el uno del otro. Para ellos, la tragedia no es que se les haya dejado en una soledad radical, sino que nunca llegan a tener esta soledad. Para ambos, la presencia del otro, en la forma del otro mellizo, no ha servido ni como el Otro lacaniano, ni como el objeto de Winnicott que nos asegura nuestra independencia. Para El Otro, hay un miedo terrible en la posibilidad de que se le sorprenda ‘dormido y soñando’, ya que no se sabe distinto del hermano muerto.<sup>11</sup> Así que, el pedir la presencia de Ernesto, como *tercero*, es una pedida que carece de fundamento. Ernesto no puede actuar como el *término tercero* en una situación en que no se sabe bien que ya existen dos seres. Y lo peor es que no lo sabe él.

En esto tal vez sea cierto el énfasis lacaniano que nos propone Fox. Toda la obra es un esfuerzo enorme para llegar a una situación de tres, pero – merece la pena reiterarlo – es un esfuerzo que queda sin resultado. Veamos, al final, un detalle de vocabulario que lo demuestra. Laura, al describir el asedio de los dos hermanos, dice: ‘Enamoráronse de mí, frenéticamente, de donde nació un íntimo odio, por celo, entre ellos, un odio fraternal y entrañable’.<sup>12</sup> Primero, diría que Laura, al pronunciar estas palabras, padece de una ilusión enorme, la ilusión de que son dos. Pero ella los ve a *cada uno con su celo*, o mejor dicho a *cada uno con su locura*, y cada mellizo lo tiene sin saber que está allí el otro. Y aparte de ello, el celo separado de ambos no tiene importancia porque no los define. Lo que hace Ernesto es ofrecer una interpretación social y trivial de la desaparición del Otro. Necesita *nominar*, hacer claro, y al hacerlo, evita entender: ‘¡Tú eres el asesino, el verdugo, tú! En aquel atardecer tu hermano vino a verte, peleasteis, seguramente que por celos, y tú mataste a tu hermano’.<sup>13</sup> Pero si tienen un papel los celos, son lo que desea El Otro, como prueba de su existencia. Por eso le interesa saber si ha inspirado celos en Damiana el haberle contado que fue Laura la que le dividió de su hermano. Y dice esto, sabiendo que lo peor de todo es la situación del

celoso. Como decía él antes, 'El celoso se odia a sí mismo. Se odia a sí mismo el que no se siente distinguido'.<sup>14</sup>

En un mundo en que no se llega a distinguir a nadie, es decir el mundo de El Otro, tendremos al fin una situación de lo que en astronomía se llama el *Black Hole*, el *agujero negro*. Un ser que no llega a conocer los límites del ser no sabe cómo reaccionar a los objetos que le rodean. Para controlarlos, según las teorías de Fairbairn, tiene que internalizar tales objetos.<sup>15</sup> Así, como ve el Ama al fin, 'El verdugo se cree la víctima; lleva dentro de sí el cadáver de la víctima, y aquí está su dolor'.<sup>16</sup> La tragedia del Otro no es que haya asesinado su hermano, sino que no ha sabido asesinarlo, y nunca tendrá la soledad que desea.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Carlos Blanco Aguinaga, *El Unamuno contemplativo*, segunda edición (Barcelona: Laia, 1959); Paul Olson, *Unamuno: Niebla*, Critical Guides to Spanish Texts (Londres: Grant and Cutler, 1984).
- <sup>2</sup> Donald Winnicott, 'The Theory of the Parent-Infant Relationship', *International Journal of Psycho-Analysis*, 41 (1960), 585-95; reproducido en *The maturational Processes and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*, tomo 64 de la International Psycho-Analytical Library, ed. John D. Sutherland (Londres: The Hogarth Press/ Institute of Psycho-Analysis, 1985).
- <sup>3</sup> Alison Sinclair, 'Unamuno and the Unknown: Responses to Primitive Terror', en John Jones y Helen Wing (eds), *Belief and Unbelief in Hispanic Literature* (Warminster: Aris and Phillips, 1995), pp. 134-45.
- <sup>4</sup> 'The use of the Object and Relating through Identification', *International Journal of Psycho-Analysis*, 50 (1969), 711-16; reproducido en *Playing and Reality* (Londres: Routledge, 1993).
- <sup>5</sup> 'Lo imaginario en Unamuno: el caso de *El otro*', *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 16 (1991), 61-72.
- <sup>6</sup> Véase Gayana Jurkevich, *The Elusive Self: Archetypal Approaches to the Novels of Miguel de Unamuno* (Columbia/Londres: The University of Missouri Press, 1991), pp. 112-13.
- <sup>7</sup> Véanse: *Butler's Lives of the Saints*, edición renovada y aumentada por Herbert Thurston y Donald Attwater, 4 vols (Aberdeen: Burns and Oates, 1956); *The Book of Saints: A Dictionary of Servants of God Canonized by the Catholic Church*, recopilado por los monjes benedictinos de la Abadía de San Agustín, Ramsgate (Londres: A. and C. Black, varias ediciones y fechas); *Bibliotheca Sanctorum*, Istituto Giovanni XXIII della Pontificia Università Latoranense (Roma: Società Grafica Romana, 1961).
- <sup>8</sup> Véanse los estudios de Michael Eigen, 'The Area of Faith in Winnicott, Lacan and Bion', *International Journal of Psycho-Analysis*, 62 (1981), 413-33, y 'Towards Bion's Starting Point: Between Catastrophe and Faith', *International Journal of Psycho-Analysis*, 66 (1985), 321-30.

- <sup>9</sup> Miguel de Unamuno, *Obras completas*, ed. M. García Blanco, 9 vols (Madrid: Escelicer, 1966), V, 707-08.
- <sup>10</sup> *Obras completas*, V, 692.
- <sup>11</sup> *Obras completas*, V, 657.
- <sup>12</sup> *Obras completas*, V, 670.
- <sup>13</sup> *Obras completas*, V, 675.
- <sup>14</sup> *Obras completas*, V, 686.
- <sup>15</sup> W. R. D. Fairbairn, 'Endopsychic Structure Considered in Terms of Object-Relationships', *International Journal of Psycho-Analysis*, 25 (1944); reproducido en David E. Scharff y Ellinor Fairbairn Birtles (eds), *Psychoanalytic Studies of the Personality* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1992).
- <sup>16</sup> *Obras completas*, V, 707.